

Actas



Universidad
Rey Juan Carlos
Servicio de Publicaciones

Sara Núñez de Prado Clavell (dir.)

Paula María de la Fuente Polo
Marina Perruca Gracia
Javier Rodríguez Abengózar (eds.)

I CONGRESO DE JÓVENES HISTORIADORES

19 - 21 DE ABRIL DE 2016

ISBN 978-84-697-7346-8

MIGRACIONES E INTEGRACIÓN POBLACIONAL EN LA ANTIGÜEDAD CLÁSICA: UNA APROXIMACIÓN

Antonio Miguel Jiménez Serrano
Universidad Complutense de Madrid
antoji01@ucm.es

Resumen

Casi de la mano del nacimiento de *Homo sapiens* surgió el fenómeno de la migración, que ha estado presente desde entonces, y en todos los siglos, hasta la actualidad. Dicho fenómeno, debido a un amplio número de elementos, ha ocasionado realidades en la Historia como la formación de pueblos y culturas, la caída de imperios o el estallido de guerras, siendo esas mismas consecuencias las que en muchos casos han dado origen a procesos de migración e integración poblacional. Así, centrandó este estudio en la Antigüedad, nos fijamos en ejemplos como el de los celtas antes de Cristo o los germanos durante el Bajo Imperio, ya que son señeros para poder establecer un baremo que recoja las principales características de la migración y la integración poblacional. Para poder llevar dicha tarea a cabo prestamos especial atención a las fuentes escritas, como Julio César o Jordanes, y a los más importantes hallazgos arqueológicos que rodearon estos fenómenos.

Palabras clave: Antigüedad, occidente, Grecia y Roma, civilización, celtas, germanos, bárbaros, migración, integración.

Asbtract

Almost at the same time that *Homo sapiens* was born, the phenomenon known as migration arose, and it has since been present until now a days. Migrations, for many reasons, has caused situations throughout History such as the formation of peoples and cultures, the fall of empires or the outbreak of wars; being these consequences, in many cases, there ason themselves of migrational processes and populational integration. Thus, focusing our study on Antiquity, we will pay attention to cases such as the Celts, before Christ, or the Germans during the Late Roman Empire, as these are remarkable and can help us establish a scale that gathers the main characteristics of migrations and populational integrations. In order to achieve this, we will give special importance to written sources (such as Julius Caesar or Jordanes), and also to the main archaeological researchs connected to these events.

Keywords: Antiquity, West, Greece, Rome, civilization, Celts, Germans, barbarians, migration, integration.

I. Introducción

El ser humano siempre ha estado en constante movimiento, pues fue y es, paralelamente a *Homo habilis*, *erectus*, *heidelbergensis*, *neandertalensis* o *sapiens*, *Homo Viator*. Los períodos de estabilización del hombre, mirando la gran perspectiva de la historia, son insignificantes. Pero desde nuestro punto de vista actual, y acogiéndonos a nuestros parámetros de vida, como no podía ser de otra forma, podemos afirmar que ha habido, y hay, periodos históricos en que el hombre “ha encontrado un hogar”. Es este, en nuestra opinión, el elemento necesario para que pueda darse una migración: que el hombre, de forma libre y consentida, se mueva en busca de un nuevo hogar. Es decir, nos adentramos en un concepto antropológico de la migración, la “búsqueda de la felicidad”, como los padres del Estado de Virginia, hijos de inmigrantes, plasmaron hace apenas 230 años, muy correctamente a nuestro parecer, en la Declaración de Derechos de Virginia, del 12 de junio de 1776, estableciendo como fundamentos de dicho documento una serie de puntos que son los que actualmente creemos esenciales para alcanzar una vida digna: “derecho al gozo de la vida cotidiana, al gozo de la libertad, a los medios para adquirir y poseer propiedades, a la felicidad y a la seguridad”. Es por ello que el hombre, desde un tiempo muy temprano, no ha cesado de buscar un lugar donde poder ejercitar dicha felicidad, y a continuación vamos a ver a grandes rasgos y con ejemplos muy concretos, pues el tema es casi inabarcable, cuáles son, según nuestro criterio, los elementos necesarios para que una migración pueda portar dicho nombre con la acreditación necesaria.

Así, nos centraremos en un período de tiempo y un ámbito cultural muy concretos: los periodos conocidos como Antigüedad Clásica y Tardoantigüedad, en torno a los siglos III a.C. y V d.C., y el ámbito cultural grecorromano, o europeo¹ meridional, y sus cambios e influencias por parte de los “europeos del norte”, en este caso celtas y germanos, así como los interesantes procesos de integración paulatina de muchas de estas *externae gentes*, denominación con la que conocieron a estos grupos los historiadores de la época, y la visión que éstos tenían del “otro”, su vida, sus costumbres o su religión.

¹ El término “europeo”, en este caso, es un concepto anacrónico claro, pues no existía en la mentalidad de las gentes en la Antigüedad conciencia alguna de “europeidad”, existiendo, por otra parte, una *οικουμενη* griega, una *civilitas romana* y, más tarde, el gran constructo de la Cristiandad, sobre la que Carlomagno construiría su primitiva idea de Europa, como hoy la conocemos.

2. ¿Migraciones, invasiones o deportaciones?

Debemos empezar, como no podía ser de otra forma, delimitando bien nuestro objeto de estudio, en este caso el concepto de “migración”, diferenciándolo de otros que pueden empañarlo o llevarnos a error, como puede ser el caso de los sustantivos “invasión” y “deportación”, que a lo largo de la historia, y especialmente en la historiografía sobre este tema, han funcionado de forma errónea como sustitutos del concepto primeramente citado.

Así, podemos dar numerosas definiciones de “migración”, entre las que podríamos destacar la propia de nuestro léxico, que nos facilita el diccionario de la RAE², o acudir a definiciones de autores dedicados a una visión antropológica del concepto, como en el caso de Grinberg y Grinberg (Micolta León, 2005, pp. 60-61), que afirma:

La migración que da lugar a la calificación de las personas como emigrantes o inmigrantes, es aquella en la cual el traslado se realiza de un país a otro, o de una región a otra lo suficientemente distinta y distante, por un tiempo suficientemente prolongado como para que implique vivir en otro país, y desarrollar en él las actividades de la vida cotidiana.

De esta manera debemos señalar que la mayoría de teorías en torno a las migraciones se centran principalmente en periodos muy tempranos o muy tardíos, destacando la época precedente al florecimiento de las ciudades o la época contemporánea, mientras que este trabajo se enmarca en los ámbitos antiguo y tardoantiguo, ofreciendo una visión general de la interacción entre las sociedades griega y romana y aquellas que éstos llamaron bárbaras: celtas y germanos.

Por otra parte, y como apunta Rocío G^a Abad con no poca razón, “uno de los principales problemas con que nos encontramos los investigadores de los fenómenos migratorios, es la ausencia de un corpus teórico único y global” (2003, p. 330). Esto quiere decir que en cuestiones no cuantitativas, dejando a un lado números y estadísticas, cada investigador puede definir un proceso de movimiento migratorio con unos parámetros propios que el mismo considere oportunos. De esta manera vamos a enmarcar los parámetros que creemos necesarios para tratar la migración y los movimientos migratorios o poblacionales en la Antigüedad clásica y la Tardoantigüedad.

² “Acción y efecto de pasar de un país a otro para establecerse en él. Se usa hablando de las migraciones históricas que hicieron las razas o los pueblos enteros”.

Así, para poder dar forma a lo que nosotros entendemos como migración, debemos señalar primero las teorías del gran estudioso de estos fenómenos, E. G. Ravenstein, geógrafo, estadista y demógrafo que en el siglo XIX escribió el primer trabajo significativo enmarcado en la visión económica de las migraciones humanas, *The Laws of Migration* (1885), que marcó un punto de inflexión para gran parte de las teorías siguientes sobre el tema. Esta obra, al igual que toda la teoría migratoria de Ravenstein, tiene su más profundo anclaje en el ámbito económico, afirmando G^a Abad que aquél entendía las migraciones “como movimientos forzados por el sistema capitalista de mercado y las leyes de la oferta y la demanda” (2003, p. 332).

Pero en contraposición a la teoría economicista de Ravenstein, encontramos la segunda línea de investigación en torno al fenómeno migratorio, más afín a nuestra línea de trabajo, liderada por W. I. Thomas y Florian Znaniecki, que “fijan su atención en las implicaciones psicosociales del hecho migratorio, cuestión que se estudia a partir del análisis de factores culturales y psicociológicos” (2005, p. 67), lo que podemos ver en su obra *The Polish Peasant in Europe and America* (1958). Aún así, pensamos que es indispensable aunar dichas líneas interpretativas para poder comprender mejor y en un sentido más amplio los movimientos migratorios humanos, antiguos o modernos, además de señalar, como antes dijimos, el importante factor de que estas teorías están elaboradas en y para un ámbito contemporáneo, por lo que tendremos que adaptarlas a nuestro objeto de trabajo, la Antigüedad y Tardoantigüedad.

Así, teniendo en cuenta las líneas de pensamiento ya citadas, definiremos el concepto de “migración” como el fenómeno humano por el cual unas poblaciones se trasladan de un lugar a otro política, cultural o ambientalmente distinto, movidas principalmente por un motivo: albergar una idea, a veces mítica o artificialmente construida, por la que adquirir una medra considerable en todos los ámbitos de la vida cotidiana, siendo de carácter indispensable los elementos de 1) la libertad, que en este caso está supeditada para el periodo que nos ocupa a los caudillos (duces) o consejos de las tribus y pueblos en cuestión, y 2) el del no retorno o “voluntad de permanencia” (Arango, 1985, p. 9).

3. Los pueblos migrantes. ¿A dónde? ¿Por qué?

Nos adentramos ya en uno de los puntos cruciales de este estudio, en los pueblos que migran y las razones que les llevaron a abandonar sus tierras y establecerse en los lugares en que decidieron hacerlo. Para ello debemos recurrir, como no podía ser de otra manera, a las fuentes griegas y romanas, pues son las únicas que conservan, además de la arqueología, el testimonio del movimiento de estos pueblos.

Aun así, antes de hablar de los periodos griego y romano, conviene señalar brevemente las grandes migraciones de pueblos indoeuropeos hacia el oeste continental. Éstas, acaecidas de manera paulatina, se consideran el origen de los pueblos conocidos por griegos y romanos como “celtas” y “germanos”, procedentes étnicamente de la rama indoeuropea. Pero esto queda demasiado lejos de nuestro objeto de estudio, y como resumen introductorio vamos a citar textualmente a uno de los grandes conocedores del ámbito indoeuropeo, Francisco Villar (1996, p. 41):

La indoeuropeización de Europa es, por lo tanto, el resultado de un proceso que duró milenios y está constituido por una maraña inextricable de movimientos de población, de avances y retrocesos de lenguas. Europa es el resultado de una intensa hibridación y mestizaje de razas, lenguas y culturas. Y en esas condiciones resulta difícil establecer de manera precisa qué lenguas y qué pueblos indoeuropeos históricos proceden de cada una de aquellas grandes expansiones. Pero algunas líneas generales sí pueden ser trazadas.

Las certeras palabras de F. Villar, con las que estamos en total acuerdo, hacen referencia a las grandes migraciones procedentes del Asia central que comenzaron en el V milenio a.C. aproximadamente, y que originaron, como ya hemos señalado, las principales entidades étnicas de la Edad del Bronce europeo y la posterior Edad del Hierro. Poco se conoce, por otra parte, de estas migraciones, excepto lo aportado por la arqueología (e.g. Parzinger, 1998), la mitología (e. g. Dumézil, 1971a; 1971b) y los estudios de carácter sociológico (e. g. Kradin y Bondarenko, 2003), proporcionando estos campos ciertos resquicios de lo que pudieron ser aquellas migraciones y pueblos, como es el caso de los kurganes (Villar, 1996, p. 43), de los que nada ha quedado, exceptuando algunos hallazgos arqueológicos en el sur de Rusia.

3.1. Los celtas

Esta rama centroeuropea procede de la denominada por M. Gimbutas “segunda oleada Kurgan” (1996, p. 42). Así, los celtas se establecieron por casi toda Europa central y occidental entre el 1500 y el 1000 a.C. Su nombre, por otra parte, les fue dado por los escritores griegos en torno al siglo VI a.C. por vez primera, siendo Hecateo de Mileto el encargado de denominar a estos pueblos como *Keltoi èthnos* (pueblo celta) (López Férez, 2006, pp. 46-47) en su obra perdida *Contorno de la tierra*, de la que se conserva algún fragmento, y donde este autor intenta recoger todo el saber geográfico de su tiempo, señalando, así, la descripción de un “país celta” (*Keltike*) y a los propios pobladores (López Férez, 2006, p. 47).

Pero la información aportada por Hecateo, como más tarde la de Heródoto y otros autores, será concebida mediante averiguaciones o investigaciones (historie), como hizo el de Halicarnaso en el siglo V a.C., que por propio conocimiento y experiencia. Así, debemos destacar que, por desgracia, y aunque parezca una postura un tanto etnocéntrica, fue debido a la entrada de los celtas en la órbita grecorromana, cuya información nos transmiten los historiadores y cronistas helenos y latinos, que hoy podemos saber mucho más sobre ellos, y que en indisoluble unión, por otra parte, con las fuentes escritas debe ir, como se ha demostrado en el último siglo, la arqueología, elemento fundamental que verifica o desmiente a las fuentes escritas.

En cuanto a los primeros periplos de los celtas tras las grandes migraciones, queremos destacar especialmente dos, una en el ámbito griego y otra en el romano, subrayando que no son ni más ni menos importantes que otras anteriores o posteriores, sino sólo dos ejemplos de la movilidad y dinamismo social de este pueblo. Una de ellas tiene lugar en el siglo III a.C., “siendo arconte en Atenas Anaxícrates, en el segundo año de la 125ª olimpiada, en la que Ladas de Egio venció en el estadio”³ (Paus. X, 23, 14)⁴, ca. 279 a.C., y es narrada y denominada por el historiador y geógrafo griego Pausanias como “expedición de los gálatas” (X, 19, 5). En ella se nos cuenta cómo un ingente número de celtas, ciento cincuenta y dos mil de infantería y los jinetes eran veinte mil cuatrocientos (Paus. X, 19, 9), en su tercera expedición a la Hélade, saquearon y destruyeron santuarios y ciudades, y vencieron ejércitos griegos hasta ser derrotados por una gran coalición, siendo finalmente expulsados a Asia Menor.

La lectura objetiva, por otra parte, de los datos aportados por Pausanias nos permite apreciar la visión que aun en el siglo II d.C., época en que escribe el autor, había de los celtas en la mayoría de la población grecorromana: “[...] les llegaban noticias [a los griegos] de las brutalidades [de los gálatas] contra los tesalios” (X, 19, 12), además de la imagen física que ésta tenía de este pueblo: “Los celtas, en verdad, son los hombres más altos de todos” (X, 20, 7). A este respecto es interesante subrayar una de las razones que el historiador griego nos presenta como principales para esta “invasión”, el ansia de riquezas que inflama a los gálatas:

3 El autor nos sitúa en el tiempo de manera muy concreta.

4 Trad. de María Cruz Herrero Ingelmo.

Breno incitó una y otra vez [...] a cada uno de los poderosos de los gálatas a marchar contra la Hélade, refiriendo [...] que había muchas riquezas en las ciudades y más en los santuarios, incluyendo ofrendas de oro y plata acuñada (X, 19, 8).

Pero lo cierto es que esta teoría que nos presenta Pausanias respecto a las reiterativas “invasiones” de Grecia (el autor cita tres en X, 19, 5-8) por parte de los celtas o gálatas, fundamentada en el ansia de pillaje por parte de éstos y dando por hecho que todas estas puestas en movimiento parten de la misma tribu, es bastante básica y trivial, nos atreveríamos a afirmar que errónea, pues no hay razón para que tras dos expediciones fallidas por parte de un pueblo de corte tribal, que no tenía un ejército como tal y no se reunía tan masivamente por razones tan cotidianas como el pillaje, realizara una tercera que, además, cruzara toda Grecia sin posibilidad alguna de retirada. Por ello pensamos, en primer lugar, que las expediciones citadas por el autor procedían de distintas tribus celtas, con nada que ver entre sí. En segundo lugar, que el número de integrantes de la expedición aportado por Pausanias, aunque damos por hecho que ha sido muy abultado por el autor, no es sólo de guerreros sino también de población civil. Y en tercer lugar, y como elemento más importante de nuestra hipótesis, que no retrocedieron por el hecho de que tenían intención de establecerse, única razón por la que tan gran número de personas se pondría en movimiento sin retroceder, destacando, así, que al ser derrotados por la coalición griega no vuelven a su lugar de procedencia, sino que pasan a Asia Menor, donde incluso dieron nombre a la provincia romana de Galatia.

Por otra parte, en cuanto a migraciones celtas en ámbito romano, nos centramos en un periodo histórico muy concreto, el tardorrepublicano, y más concretamente en los años del proconsulado de Cayo Julio César en la Galia, entre los años 58-50 a.C. Durante esta época tuvieron lugar importantes movimientos de pueblos celtas, como es el caso de los helvecios y los belgas, hecho que quedó registrado en la Historia a través de la obra de César *De Bello Gallico*, donde éste narra sus acciones en la Galia como procónsul año por año. Así, vemos, desde el punto de vista de un general romano, el periplo de los helvecios, que salieron de su tierra natal “en el consulado de Marco Mesala y Marco Pisón” (BG, I, 2)⁵, en la actual Suiza, en busca de una nueva tierra donde establecerse de forma definitiva, para lo que tuvieron que enfrentarse con otras tribus celtas, como los sécuanos, e invadir tierras de los aliados de Roma. Aquí, César dio un paso más que nuestro anterior autor, y detalla en sumo grado el itinerario que siguieron los helvecios, a dónde se dirigían y por qué.

5 Traducción del autor. Es interesante reseñar un gesto,

Podríamos decir, que muy posiblemente fue real, y es el hecho de “quemar” lo que queda atrás, como señal de la no posibilidad de volver, explicándolo César de la siguiente manera: “Cuando les pareció que ya todo estaba a punto, incendian todas sus ciudades, en número de doce, y cuatrocientas aldeas” (BG, I, 5). Esto quiere decir que no estaba en sus planes volver, por lo que todo el pueblo migraba. Pero antes, en la descripción de este pueblo, César nos da una importante información sobre las posibles causas de su migración: “y están próximos a los germanos, que habitan la otra orilla del Rin, con quienes llevan una guerra continua” (BG, I, 1), añadiendo, además, el significativo dato de que “para tanta multitud de hombres” les parecían estrechas sus fronteras (BG, I, 2). Podemos pensar de manera lógica que los helvecios, al crecer su demografía a la par que la de los germanos de la otra orilla del Rin a lo largo de los años, tuvieron finalmente un choque demográfico y cultural, por el que las tribus helvecias advirtieron que aquellas gentes, los germanos, no se asemejaban a ellos ni en lengua ni costumbres, y por miedo se produjo el conflicto, del que, según César, terminaron cansados por la pesadez de sostener la constante contienda.

Pero César no solo ofrece estas razones (demográficas y por conflicto) por las que pudieron migrar los helvecios, sino que, enlazando con la tradición literaria grecorromana, el procónsul añade que para este pueblo era poca su posesión en tierras: “creían tener unas estrechas fronteras, que se extendían en una longitud de doscientos cuarenta mil pasos y una anchura de ciento ochenta mil” (BG, I, 2), continuando así con el topos literario ya citado cuando tratamos la obra de Pausanias del “ansia conquistadora bárbara”, además de volver a incidir en el tema del pillaje: “Por estas cosas ni podían espaciarse a sus anchas ni podían hacer la guerra fácilmente contra sus vecinos” (BG, I, 2). Pese a todo, los helvecios se pusieron en camino, sin embargo el Pueblo de Roma decidió que no podían establecerse en la Provincia, al ser un lugar estratégico para las rutas comerciales con la Hispania Citerior, y ordenaron a César, cónsul de la Cisalpina y Procónsul de la Galia, que rechazase esa “invasión”, lo que se materializó tras la batalla de Bibracte, que disolvió la expedición por completo, acabando muchos de los helvecios esparcidos por los territorios que, más tarde, se levantarían contra Roma.

3.2. Los germanos

Formaban parte de la rama centro-septentrional de la ya citada “segunda oleada Kurgan”, de donde también procedían los celtas. Los antepasados de los germanos se encaminaron en su primera gran migración hacia el norte de Europa y Escandinavia en torno al 3000-2500 a.C., y aproximadamente entre el 800-750 a.C. comenzaron a ocupar tierras hacia el sur, estableciéndose en todo el litoral del Mar del Norte,

desde la actual Holanda hasta la desembocadura del Vístula (Villar, 1996, p. 355). Así, como afirma Francisco Villar, la expansión germánica hacia el Sur continuó los siglos siguientes, llegando éstos a la cuenca del Rin en torno al 550 a.C., lo que dio comienzo a un hecho que antes veíamos reflejado en la obra de César con respecto a los helvecios: el choque de la población germánica con la céltica (Villar, 1996, p. 356), cuyas ramas se habían separado muchos siglos atrás. Decir, además, que la primera noticia en las fuentes de la época que tenemos sobre los germanos es del último tercio del siglo IV a.C., gracias a los escritos de un viajero masaliota llamado Píteas, cuyo testimonio nos habla de la tribu de los teutones (Ídem).

Cabe señalar, por otra parte, que no fueron las vivencias ni escritos de Píteas los que crearon el topos del hombre germánico, sino la propia experiencia. La causa tuvo lugar a finales del siglo II a.C., cuando dos de estas tribus germánicas, cimbrios y teutones, atravesaron el Rin y sembraron el pánico en la Galia y en el norte de Italia, hasta que la afortunada intervención de Cayo Mario consiguió desbaratar la expedición, aniquilando a ambos contingentes. ¿Fue aquello el primer intento de migración germánica a la parte meridional del continente? Apenas hay noticias de aquel movimiento, pero lo cierto es que pusieron en alerta a toda la población celta de la Galia, además de presentar a Roma la cuestión del peligro real, lo que no se recordaba en la ciudad desde el año 216 a.C., cuando tuvo lugar la llegada de Aníbal a las puertas de la ciudad. A partir de ese momento, los romanos entendieron que el gran peligro para la civilización se encontraba en el Norte.

Pero no son las épocas republicana e imperial las que trataremos a continuación, sino la época bajoimperial o tardía, en la que vemos dos interesantes fenómenos demográficos y sociológicos. Por una parte, la paulatina integración de los pueblos germánicos en el Imperio, y no al revés, como ocurrió con los celtas, integrados forzosamente en la *civilitas romana*, y por otra parte las grandes migraciones germánicas, que a corto plazo crearon los reinos germánicos de Occidente, mientras que en la *longue durée* añadieron el último elemento propiciatorio de la gestación ideológica de “Europa” (Hernández Lobato, 2010, p. 375).

Así, debemos señalar el elevado número de tribus germánicas conocidas, que se dividen en tres ramas principales: “oriental, nórdica y occidental” (Villar, 1996, p. 359), coincidente con la división establecida por el historiador romano Cornelio Tácito en “ingevones, que son los más próximos al Océano, herminones los de la zona central e istevones los restantes” (Tac. Ger. 2, 3). Nosotros, en este *mare magnum* de pueblos germánicos, hemos decidido prestar especial atención a un grupo poblacional muy concreto, sumamente importante para el desarrollo de los

acontecimientos en el Imperio y para el futuro de Europa, intentando arrojar luz al porqué migraron y cómo se integraron en el mundo romano: los godos.

El pueblo godo, perteneciente a la rama germánica oriental (Villar, 1996, p. 361) y procedente del sur de Suecia, llevó a cabo una migración de carácter continental en apenas cuatro siglos (I al V d.C.), desde Escandinavia hasta Hispania. Todo su periplo nos lo cuenta el historiador bizantino Jordanes en época del emperador Justiniano (s.VI d.C.), narrando todas las vicisitudes que los godos tuvieron que afrontar para poder establecerse definitivamente en un lugar. Así nos comienza a narrar Jordanes el éxodo de este pueblo desde el lejano Norte: “Se cuenta que en otro tiempo los godos salieron con su rey, llamado Berig, de esta isla de Escandia, a la que se puede considerar una fábrica de razas o un vivero de pueblos” (IV, 25)⁶, y destaca especialmente lo que nos cuenta el autor bizantino unas líneas más abajo: “Filimer, hijo de Gadarico, nada más comenzar a reinar, decidió salir de allí al frente del ejército de los godos al que acompañaban sus familias” (IV, 26). Cabe destacar, por último, otra gran aportación del historiador cuando dice: “Mientras buscaba territorios y lugares convenientes y apropiados para establecerse, llegó a las tierras de Escitia, [...] donde se quedó maravillado por la riqueza de estas regiones” (IV, 27). Ya tenemos aquí los tres elementos principales para que, según todo lo que hemos afirmado hasta ahora, tenga lugar una migración:

1. Salida de un pueblo de su tierra de origen con intención de no volver.
2. Marcha de toda la comunidad con los bienes móviles.
3. Buscar una tierra rica donde establecerse.

Lo único que no expone Jordanes es una motivo claro que llevara a este pueblo a dejar su hogar para empezar una travesía que acabaría en Hispania. Así, las razones que creemos más factibles de entre las muchísimas que pudo haber en cuanto al periplo godo se refiere, son el crecimiento demográfico, que provocó una serie de necesidades que fueron difíciles de satisfacer en un lugar hostil como Escandinavia, además de la confrontación con otras comunidades, y el contacto a través del comercio, la guerra y el pillaje, con pueblos de diferente cultura, algunos de ellos en contacto con Roma o Constantinopla, que insuflarían en el común de estas gentes el deseo de conocer esas grandes civilizaciones y participar de su abundancia, sabiduría y bienestar. El viaje de los godos se dividió en el siglo IV d.C., cuando los dos clanes más importantes, con sus respectivos clientes y partidarios, se enfrentaron por la supremacía, originando a los visigodos, que fundarían un reino en la Galia pasando luego a Hispania, y a los ostrogodos, que harían lo mismo en Italia. Ambos

6 Trad. de José M^a Sánchez Martín.

grupos se romanizaron fuertemente desde sus comienzos, hasta el punto de que ambas monarquías tuvieron una importante raigambre romana junto con la cristiana y la propia germánica.

4. Desarrollo de las relaciones con el mundo grecorromano y su integración en el mismo.

Entramos ya en el ámbito de carácter socio-cultural de las migraciones, donde pondremos especial atención en el impacto que los inmigrantes crearon allí donde entraron en contacto con la cultura grecorromana. Pero antes, debemos advertir que son muy distintos los casos dependiendo de un sinfín de elementos, como la época, el lugar, el gobernante o gobernantes... De esta manera no es la misma situación la que pudo vivir un inmigrante en una polis griega que en otra, o en la Roma de César o en la Constantinopla de Valente... Es por ello esencial partir de una premisa básica: nunca se trata igual al inmigrante en todos los lugares y periodos, tanto por parte del poder civil como de la población, aunque sí pueden encontrarse paralelos a lo largo de la historia que no dejan de indicar la existencia unos patrones de comportamiento. Es por ello que vamos a seleccionar, como hemos hecho hasta el momento, algunos ejemplos representativos en el ámbito griego, por una parte, y en el romano por otra.

4.1. En Grecia

Debemos comenzar citando, para el caso griego, una interesante frase de A. Domínguez Monedero, en la que nos recuerda que “el emigrante dentro de la ‘polis’ griega es, por definición, un extranjero [...], ya sea procedente de otra ciudad griega, hasta el no griego y el mercenario” (Domínguez Monedero, 2004, p. 47). Así, en las poleis griegas podemos encontrar un amplio abanico de actuación por parte gubernamental hacia los inmigrantes, destacando la acogida de los atenienses, por una parte, y el rechazo de los espartanos por otra (Domínguez Monedero, 2004, p. 48).

Encontramos, por otra parte, dos grandes pensadores griegos que tratan el tema en ámbitos distintos, Isócrates y Aristóteles. El primero aboga por la defensa del amparo a los inmigrantes (griegos), y utilizar a estas masas para luchar contra los bárbaros y colonizar sus tierras (Domínguez Monedero, 2004, p. 49). Aristóteles, por otra parte, instaba a Filipo II de Macedonia a no acoger a los grandes grupos de inmigrantes por su alto riesgo de producir un conflicto civil, denominado stasis, haciendo referencia a una larga lista de poleis que acogieron a estos colectivos de inmigrantes y tuvieron graves problemas sociales que desembocaron en violencia en numerosas ocasiones, y en algunas, incluso, en la expulsión, por parte de los acogidos, de los ciudadanos originales (Ídem).

En cuanto a poleis significativas se refiere debemos destacar a Atenas, que ya en el siglo VI a.C., mediante una innovadora legislación del casi legendario Solón, estableció una prerrogativa por la que los inmigrantes expulsados de sus patrias o los que la hubieran abandonado por decisión propia que acudan a Atenas con sus familias para desempeñar un oficio se les asegura “la participación de la ciudadanía”, según nos cuenta Plutarco (Plut., Sol., 24, 4). Vemos aquí cómo en la Atenas del siglo VI a.C. se usa la inmigración como método para hacer crecer muy significativamente un sector socioeconómico, el de los artesanos, de ahí el “para desempeñar un oficio”.

Pero cuando Plutarco reproduce las palabras que cree que promulgó Solón, hace referencia tácitamente sólo a los griegos, es decir, de otra polis, por ello especifica que procedan de una patria, pues en su idea del mundo no concibe que un bárbaro pueda tenerla. Ante esto debemos subrayar algún ejemplo interesante sobre inmigrantes bárbaros en poleis griegas y las consecuencias que ello tiene para la ciudad. Así, debemos destacar el curioso caso de Neapolis, hoy Nápoles, colonia griega de la Magna Grecia que en torno a los siglos V-IV a.C., según nos cuentan autores como Dionisio de Halicarnaso (Ant. Rom., XV, 6, 4), Estrabón (V, 4, 4-7) o Diodoro de Sicilia (XVI, 18, 1) fue “invadida” por poblaciones de origen osco y samnita. Así, esos inmigrantes obtuvieron por parte de los neapolitanos “plenitud de derechos” (Domínguez Monedero, 2004, pp. 65-66). Pero la inclusión de estas poblaciones por parte de los griegos originales de la colonia no conllevó una stasis, como afirmaba Aristóteles, sino una integración y helenización de esta población, sin más, que fue asimilada al poseer los neapolitanos la fuerte cultura helénica, y, por otra parte, como resultado de haber sido aquéllos integrados por los ciudadanos originales de una forma positiva, formando así una gran parte del demos de la ciudad la población integrada (Domínguez Monedero, 2004, pp. 67).

4.2. En Roma

En cuanto a la integración poblacional en el ámbito romano, debemos decir que, al igual que en Grecia, es un fenómeno sociocultural y económico de amplio calado, pero aquí, y al contrario que en la Hélade, es además una característica definitoria de la identidad romana, según nuestro criterio, y uno de los pilares básicos para entender el desarrollo de la historia del pueblo romano. Para reafirmar esta importante premisa de la que partimos, no tenemos más que prestar atención a la propia mitología romana y a las historias de la fundación de la ciudad (Sayas Abengochea, 1984, pp. 157-160), datos en su mayoría legendarios que se encontraban ya en la conciencia colectiva del pueblo de Roma entre los siglos I a.C. y I d.C., poniendo los claros ejemplos de la Eneida, del poeta Virgilio, y la obra histórica *Ab Urbe Condita*,

de Tito Livio. Estas dos obras tratan de una manera muy parecida un mismo tema, el origen de Roma; y si bien es verdad que la obra virgiliana es un poema épico y ensalza personajes divinos y hechos sobrenaturales y la obra de Livio intenta ser una historia de la ciudad de carácter oficial, en ambas, por muy distintas que sean, destaca el elemento de la migración y la integración poblacional como factor determinante para el nacimiento, y posterior engrandecimiento, de esta civilización, citando así una frase sobre el héroe Eneas de J. J. Sayas Abengochea, que nos recuerda el pasaje de la Eneida en que el héroe troyano “casó con la hija de Latino, rey de los Aborígenes, y se alió con el corintio Evandro” (1984, pp. 157-158). Encontramos otros muchos mitos e historias que nos señalan esta importancia de la migración e integración poblacional, como puede ser el mito del rapto de las Sabinas o la institución del Asilo por Rómulo en la urbe, ambos en Tito Livio.

Por otra parte, debemos destacar que dependiendo de las épocas varió mucho el imaginario colectivo de la ciudadanía romana con respecto al inmigrante. Así, dentro de la órbita aristocrática romana, y especialmente durante la época republicana más antigua, la visión de que un “no patricio” pudiera llegar a desempeñar las magistraturas públicas más importantes, como la pretura o el consulado, quedaba fuera del planteamiento político de todo senatorial romano. Esto cambió con el tiempo, especialmente durante el siglo II a.C., culminando con la aparición del homo novus, personajes que no descendían de familias patricias pero que llegaron a ostentar importantes magistraturas en la política romana, como Cayo Mario, tío político de Julio César, o el mismísimo Marco Tulio Cicerón. Roma no tenía ningún problema en convertir en romano (o latino) a quien pudiera prestar un buen servicio a la comunidad. Por ello, a instancias del Senado y los cónsules hasta el siglo IV a.C., y después por los comicios tribados, se iban extendiendo el derecho latino o la ciudadanía romana por las sucesivas provincias, y con ello la integración de las gentes de dichos lugares se producía más rápidamente.

Por otra parte, y en vista a las grandes migraciones germánicas de los siglos IV y V d.C., hay que destacar dos vías principales por las que tuvo lugar la integración paulatina de dichas gentes y la aculturación mutua originada por el contacto de estos pueblos migrantes con Roma. En primer lugar, destaca la vía del comercio y el trabajo de artesanías, es decir, cuando estos pueblos se situaban en el limes romano y compraban y vendían todo tipo de objetos o materias primas creando un lugar económicamente floreciente, además de un núcleo de intercambio cultural, creándose un “punto nodal, soldadura de dos zonas distintas a través del cual pasan, en ambas direcciones, experiencias y productos, hombres y tecnologías, elaboraciones acordes con los caracteres de las zonas respectivas y que faltan en las adyacentes” (Liverani, 1995, p. 36). Y en segundo lugar, pero no menos importante, la vía del

mercenariado en el ejército romano. Este uso de barbari en el ejército, también llamados foederati, es decir, federados, pues sellaban un contrato o foedus con el emperador como tropas al servicio de Roma, terminó conformando un ejército imperial con un fuerte aspecto germánico. Pero esto no sólo produjo una aculturación de ambas partes en las cuestiones militares y armamentísticas, sino que además llevó a guerreros de origen bárbaro a la mismísima corte imperial, ya fuera como magister militum, jefe militar del emperador, donde podríamos destacar los casos de Argobasto, un franco, o Flavio Estilicón, un vándalo, ya fuera como emperador mismo, donde podemos señalar a Maximino, llamado el Tracio, no porque fuese de ascendencia tracia, sino porque había “nacido de padres humildes en Tracia –su padre era un godo llamado Mica y su madre una alana que se llamaba Ababa–” (Jordanes, XV, 83), y que habían llegado hasta Tracia. Es creíble y bastante probable que ya en el último cuarto del siglo II d.C. tanto godos como alanos se hubieran instalado en las fronteras romanas de Dacia y Tracia como campesinos o pastores (Jordanes, XV, 84) tras haber llevado a cabo un considerable viaje en busca de tierras donde asentarse.

Por otra parte, cabe destacar la interesante afirmación de Jesús Hernández, que a continuación compartimos, cuando afirma “que los pueblos germanos comenzaban a constituir el punto de mira predominante para la construcción de la identidad tambaleante de Roma, como antes lo habían sido los griegos y los orientales” (Hernández Lobato, 2010, p. 366), lo que significa que serían los pueblos germánicos, esos inmigrantes desarraigados y extraños para los romanos, quienes recogieron el testigo político, cultural y religioso de Roma.

5. Algunas fuentes escritas y su visión del “otro”

Llegamos, de esta manera, al último punto de nuestro trabajo, y no por ello el menos importante, puesto que es fundamental para entender cómo veían griegos y romanos al extranjero, y donde veremos algunos ejemplos de autores que escriben sobre las *externae gentes* y su importante tarea a la hora de formar una visión en su tiempo, y en el venidero, de estos pueblos que acabaron habitando el marco geográfico grecorromano y compartiendo e integrando su ámbito cultural.

Para empezar debemos diferenciar el término “bárbaro”, palabra procedente del griego, del concepto griego *xenos* (extranjero). Y no es baladí, pues lo que empezó siendo una diferenciación meramente lingüística en la idea del “otro” de Homero, con el término *barbaroi*, es decir aquellos que hablan una lengua desconocida y malsonante, se transformó en un modo de identificar al no perteneciente a la cultura helénica (Ames, 2003-2004, p. 111), y a lo que más tarde se asociaron costumbres,

religión, aspecto físico... El concepto griego *xenoi*, por otra parte, se aplicaba a aquellos que, procedentes de fuera de la polis, eran de cultura helena. Así, para el ámbito romano ocurrió de igual manera, pues desde los inicios monárquicos y republicanos todo aquel que no procedía de la ciudad de Roma era denominado *peregrinus*. Más tarde, en los siglos II y I a.C., por influencia griega todos aquellos cuya cultura, costumbres y lengua distaban lo suficiente de la romana, pasaron a ser denominados bárbaros (Ames, 2003-2004, p. 112). Por ello todos los bárbaros eran peregrini, pero no todos éstos eran bárbaros. Pero desde el siglo IV a.C. Roma extendió el expediente colonial latino por toda Italia, y en los siglos sucesivos por las provincias, comenzando un lento camino asimilador e integrador que concluiría con la concesión de la ciudadanía romana por el emperador Caracalla a todas las provincias del Imperio a comienzos del siglo III d.C. Tras esto, en la expansionista civilización romana fueron mutando dichos conceptos, asimilándose paulatinamente el significado de *peregrinus* al de *barbarus*, pues la ciudadanía se había extendido por todas las provincias, y los “no romanos” sólo se encontraban ya fuera del limes.

En cuanto a los autores debemos decir que son numerosas las fuentes escritas que nos aportan datos sobre la visión del “otro”, por lo que trataremos únicamente dos ejemplos griegos y el mismo número de autores romanos, los cuales hemos considerado oportunos al verse sumamente separados por tiempo, geografía y circunstancias socio-políticas.

5.1. Autores griegos

A) Comenzamos por el padre de la Historia⁷, Heródoto, cuyos testimonios sobre pueblos no griegos son fundamentales para entender su pensamiento, el de su época y el de los autores venideros. Así, nos presenta, por ejemplo, las salvajes costumbres guerreras de los escitas, información que, fuera o no verdad, el autor nos presenta como “científica”, si se permite la expresión, según sus fuentes, lo que indica la conciencia sobre este pueblo que Heródoto y sus fuentes poseían. Así podemos verlo en las historias de Anacarsis y Escilas, en el libro cuarto de su Historia (Hdt. IV, 76-80), donde el autor narra cómo estos dos personajes, de origen escita, pierden la vida al acercarse a las costumbres griegas, dando el de Halicarnaso una visión del bárbaro, posiblemente involuntaria, que rechaza lo civilizado, lo griego, contraponiendo ambas posturas.

⁷ Heródoto, historiador y geógrafo griego del siglo V a.C., recibió el sobrenombre de “padre de la Historia” del orador y político romano Cicerón, quien admiraba su obra. Heródoto, historiador y geógrafo griego del siglo V a.C., recibió el sobrenombre de “padre de la Historia” del orador y político romano Cicerón, quien admiraba su obra.

B) Griego también, pero enmarcado en el siglo II d.C., destaca Pausanias, mencionado anteriormente, quien nos aporta cuantiosa información sobre los celtas, que nos presenta y describe como bárbaros de la siguiente manera: “[...] porque aquí [en Delfos] se llevaron a cabo las acciones más importantes de los griegos contra los bárbaros” (X, 19, 5), describiéndolos además como “piratas” y “aficionados al robo y al botín” (X, 19, 6), y más adelante como “los hombres más altos de todos” (X, 20, 7), describiendo cómo se imaginaba en el pensamiento colectivo griego de la época a los celtas del siglo III a.C., respecto a sus acciones y aspecto físico. Es decir, Pausanias nos presenta al individuo bárbaro como un personaje de grandes dimensiones, estregado a la rapiña y al pillaje.

5.2. Autores romanos

A) Debemos empezar hablando aquí de una de las principales fuentes (Ames, 2003-2004, p. 112) para el estudio y la visión romanas del bárbaro, Cayo Julio César, a quien ya hemos tratado. A lo largo de todas sus campañas César tuvo la oportunidad de interactuar de muy distintas maneras con hispanos, galos, germanos, britanos y otros pueblos, retratando a algunos de ellos en su ya citada *De bello Gallico*, en la que nos basaremos para ver su visión de los germanos de la orilla oriental del Rin, concretamente en BG, IV, 3: “Tienen por lo más loable [los suevos] para su pueblo el que en sus fronteras los campos se hallen despoblados, considerando esto como prueba de que un gran número de ciudades no ha podido sostener su ímpetu”.

Aquí, César explicita la visión romana en torno a la gran belicosidad e ímpetu guerrero del bárbaro, además de sus costumbres sin parangón. Muchos afirman que los datos de César obedecen a un objetivo fundamentalmente inclinado a la propaganda, pero una característica no excluye a la otra. Si bien César cubría su acción política y miliar resaltando lo real de la dureza de estas gentes, también es verdad que, contrastándolo con otras fuentes, no parece andar descaminado.

B) Por último llegamos a un autor sumamente interesante, Amiano Marcelino. Originario de Antioquía, fue soldado a las órdenes del emperador Juliano, el Apóstata, al que conoció, sirvió y apreció en sumo grado, lo que da a su *Historia* o *Res Gestae* un mayor nivel de subjetividad. Pero lo que aquí interesa es que da la visión de un romano del siglo IV d.C. sobre el bárbaro, ahora sí asociado totalmente a los germanos, que por entonces ya estaban presentes en todos los ámbitos de la sociedad bajoimperial romana. Amiano, fuerte defensor de la romanidad y enemigo de lo foráneo, afirma que la geografía física es uno de los principales elementos que determinan la condición del bárbaro, y lo asocia especialmente a los bosques y montañas (Guzmán Armario, 1999, pp. 218-219). Por otra parte, Amiano deja claro que

“la avidez y el empuje de estos hombres [los germanos] fue causando de este modo la destrucción del mundo romano” (XXXI, 4, 6), afirmación realizada poco después de narrar cómo los visigodos se habían unido al ejército romano a cambio de la posibilidad de asentarse en determinados territorios. Es interesante señalar que para este autor, la integración del extranjero, del bárbaro, en la sociedad imperial es una de las principales causas de decadencia de la misma.

6. Conclusiones

Para finalizar, queremos subrayar que a través de este trabajo hemos intentado arrojar un poco de luz en un tema bastante poco estudiado a nuestro parecer: el porqué de la emigración en la Antigüedad, quién lo hacía, hacia dónde y qué consecuencias podían darse en los distintos casos, además de la visión que tenían las poblaciones receptoras de aquellas *externae gentes*.

Pues bien, debemos señalar como una de las principales conclusiones, que el concepto de “fenómeno migratorio” en la Antigüedad y la Tardoantigüedad debe ir estrechamente unido a los constructos de “comunidad” o “grupo étnico”, como en los casos celta y germano, desechando, por otra parte, el fenómeno contemporáneo, procedente del fenómeno globalizador, del “cambio de residencia” individual, ya que no concebimos como teoría sostenible que en la concepción antigua de la vida las personas se desligaran fácilmente de la comunidad, la familia o la tribu, con excepciones como capturas tras derrotas militares o fundaciones coloniales (estas últimas normalmente relacionadas con fenómenos demográficos o socio-políticos), y fue mucho más tardíamente, con la desaparición paulatina del sentimiento comunitario o tribal, lo que ocasionó los movimientos poblacionales a menor escala.

Por otra parte creemos que las principales causas que influyeron en estas migraciones fueron: las luchas regionales por la hegemonía en los territorios (I), como en el caso de los helvecios, que al estar geográficamente junto a los suevos debían sostener su belicosidad; sumado al interés por un tipo de vida más comercial y urbano (II) que el anterior de caza-ganadería-agricultura y pillaje; la influencia en estos pueblos de otros, como griegos y romanos (III), y el deseo de tomar de ellos costumbres que veían beneficiosas y aprovechables; y, por último, la realidad de un crecimiento demográfico constante que hizo a muchos de los caudillos de estos pueblos plantearse nuevos proyectos de carácter social, político y económico (IV), lo que comenzaron mediante la búsqueda de nuevas y mejores tierras donde asentarse.

Las principales consecuencias, por otra parte, fueron, en nuestra opinión, las siguientes: (I) el enriquecimiento de las culturas que consiguieron una hibridación con el “otro”, como fue el caso de visigodos e hispanorromanos, con un desarrollo paulatino, originaron la rica cultura hispánica (mozárabe), especialmente presente en el arte y la liturgia; (II) el malestar social y los conflictos allí donde esto no tuvo lugar, y el miedo al extraño entró en juego, como en la Constantinopla de Valente en el siglo IV d.C., acaeciendo singulares episodios de violencia contra la población civil por la cuestión de la “otredad”.

Bibliografía

AMES, C. (2003-2004). “La construcción del bárbaro en la obra de Julio César”. *AUSTER* 8/9, pp. 111-125.

ARANGO, J. (1985). “Las Leyes de las Migraciones de E. G. Ravenstein, cien años después”. *Revista Española de Investigaciones Sociales (REIS)*, nº32, pp. 7-26.

DOMÍNGUEZ MONEDERO, A. J. (2004). “Los inmigrantes en la polis griega: integración y exclusión”, en Marco Simón F., Pina Solo F. y Remesal Rodríguez, J. (Eds.). *Vivir en Tierra Extraña: Emigración e integración cultural en el mundo antiguo*. Actas de la reunión realizada en Zaragoza los días 2 y 3 de junio de 2003. Publicacions i Edicions, Universitat de Barcelona, pp. 47-75.

DUMÉZIL, G. (1971a). *Los dioses de los indoeuropeos*. Barcelona: Seix Barral.

DUMÉZIL, G. (1971b). *El destino del guerrero. Aspectos míticos de la función guerrera entre los indoeuropeos*. México D. F.: Siglo Veintiuno.

GARCÍA ABAD, R. (2003). “Un estado de la cuestión de las teorías de las migraciones”. *Historia Contemporánea* 26. Universidad del País Vasco, pp. 329-351.

GUZMÁN ARMARIO, F. J. (1999). “Ammianus adversus externae gentes: la geografía del Barbaricum en Amiano Marcelino”. *Espacio, Tiempo y Forma*. Serie II, Historia Antigua, t 12, pp. 217-227.

HERNÁNDEZ LOBATO, J. (2010). “La aristocracia galorromana ante las migraciones bárbaras del siglo V d.C.: la ‘invención’ del burgundio”. *El Futuro del Pasado*, nº 1, pp. 365-378.

KRADIN, N. N., BONDARENKO, D. M. (2003). *Nomadic Pathways in Social Evolution*. The “Civilization Dimension” Series, volume. 5, Moscow.

LIVERANI, M. (1995). *El Antiguo Oriente. Historia, sociedad y economía*. Barcelona: Crítica.

LÓPEZ FÉREZ, J. A. (2006). “Los celtas en la literatura griega de los siglos VI-I a.C.”. *CFC (G): Estudios griegos e indoeuropeos*, 16, pp. 45-84.

MICOLTA LEÓN, A. (2005). “Teorías y conceptos asociados al estudio de las migraciones internacionales”. *Trabajo Social*, nº 7, Universidad Nacional de Colombia, pp. 59-76.

PARZINGER, H. (1998). “Investigación arqueológica en las estepas de Eurasia”. *Trabajos de Prehistoria*, 55, nº 1, pp. 147-154.

SAYAS ABENGOCHEA, J. J. (1984). “La grandeza de Roma y la tradición mitológica”. *Gerión*, 1. Editorial de la Universidad Complutense de Madrid, pp. 157-176.

VILLAR, F. (1996). *Los indoeuropeos y los orígenes de Europa*. Madrid: Editorial Gredos.